

Raúl Carmona Argomedo

## Reflejo de Atacama



CUATRO casi desconocidos nombres tienen los vértices del abrupto rectángulo llamado *Atacama*: Bahía Chañaral y Cerro Deidad por el sur; bahía Pan de Azúcar y cerro Atalaya por el norte. Cuatro hitos eternos que linderan la sedienta tristeza de la provincia.

En lo alto de la cumbre del cerro Deidad, en plena cordillera atacameña, sólo se tiene a la vista la visión infinita de otras elevadas cúspides que en alocado desorden, erizan la áspera piel del Chile nortino.

Y es como estar sobre el alucinante pellejo petrificado de un monstruo descomunal entre cuyas gigantescas escamas corre el frío sudor de los tortuosos riachos que tararean su aterida cancioncilla, que enmudece al sumergirse en las extensas vegas cordilleranas o que levantan el tono al precipitarse en los peldaños de las rocosas heridas en que se rompe la piel milenaria.

Hacia el norte, las filudas pirámides o los conos retorcidos de la cadena andina, estiran la blanca dentadura de la tierra, abandonada por este lado del globo.

El sol deslumbrante, implacable, es el dueño absoluto de los días de la sierra a los que mata quemándolos sobre las peñas. Nadie más que él puede disputarle ese derecho en esta soledad en la

que con su marcha impertubable de una a otra cumbre, señorea su ardiente dominio.

Pues en esta altitud, el tiempo es una pobre cosa arrinconada, perseguida, hostigada sin descanso por el mordisco calcinante del sol.

Y en las noches, tampoco tiene descanso ni alivio, ya que cuando el sol afloja, aparece un nuevo dueño del tiempo. Feroz, mordiente como el otro, galopa, corre quebradas abajo, trepa las cimas, se echa a rodar por las laderas, llevando a todas partes el soplo mortal de su iracundia. Y de cada roca, de cada oquedad, extrae este viento, su alma de hielo. Lleva a cuestras su frío impreciso, reptante, burlón de las tardes o el frío pesado, negro, abrumante de las torvas noches o el artero, cauto, sigiloso de las madrugadas con el cual afina las agudas púas de los quiscos. Quiscos que son los solitarios músicos de la noche, a los que la luna transforma sus diurnos harapos en larga tierra enjoyada de escarcha.

Vida no hay otra que la de algunos impávidos buitres, trazando sobre el cielo el dibujo lento de sus evoluciones.

Animados sólo están el sol, los riachos, el viento y los buitres. Por la noche, la luna agrega su helado mirar en acuciosa búsqueda de un hueco tibio en el cual reposar. Que todo acá es violento, primitivo, salvaje. Sólo ella, con su blanca cara de mujer sencilla es lo único dulce, tierno, humanizado que asoma su faz por estos parajes, cumpliendo temeraria aventura.

El curso de uno de estos riachuelos, despeñado en loco y retorcido correr, nos lleva a la primera vega serrana.

El hombre ya frecuenta estos sitios y tras sus huellas quedan los nombres. El arroyuelo bautizado se llama Río Primero y la vega, Cruz de Zavala.

En el verde tremedal, la vida cobra animación inusitada. La vega es ahora extensa pradera sonora y temblorosa sobre la que cientos de bandurrias y garzas, trifulcan chirríos y aleteos, cayendo sobre el pajonal como volanderas semillas emplumadas. El fresco vientecillo se baña en el aroma de los inciensos, guayacanes y molles

y, uno que otro espino esponja el amarillo algodón de sus flores sobre la gruesa alfombra de canchanlaguas. Bandadas de tórtolas y cuyucas van y vienen hacia los espesos quiscales. Sandillones y chuchampes abren las blancas, rojas o amarillas corolas ahitas de moscones. La activa pradera luego va estrechándose y, de un lugar insospechado, comienza a escurrirse el hilo de agua que al viajar quebrada abajo, hace el milagro de su crecimiento y, a poco, le encontramos convertido en arroyo alegre y cantor, protegido por las hirsutas crenchas de las breas, mimado por el blando acolchado de los cachiuyos o engalanado con el blanco plumaje de las cortaderas.

Sobre los cerros, se advierte, de tarde en tarde, la huella del hombre. Pequeñas pecheras multicolores señalan la existencia de algunas minas. La condición opulenta o precaria, la denuncia el tamaño del desmonte que, a veces, en lugar de pechera, puede ser un coqueto delantal prendido en la cintura de la montaña.

En dirección norte, cada vez más apretujado por la descomedida presión de los cerros que se suceden en ristra interminable y en cuyos flancos suele verse, de vez en cuando, el verde entredós de alguna veta de cobre o el blanco hilván de una guía de cuarzo, el riacho ha ido juntando caudal. Aguas que extrae del retorcimiento de los cerros que se estrujan unos con otros, soltando de esa pugna, claros veneros que, kilómetro a kilómetro, van sumándose para acrecer el curso que ahora, ya unido a otros, toma el nombre de Río del Carmen.

Comienza el dominio humano. Diques de troncos tratan de atajar el paso y engañan las aguas, haciéndolas seguir escabroso y pesado camino que, muy pronto, las sube a media falda de los cerros hasta una altura en la que sus hermanas que escaparon a la trampa, semejan largo, retorcido hilo de espejos tendido en el verde lecho de chilcas.

Contéplanse de arriba los primeros ranchos. Y esta avanzada no es todavía un pueblo. Son las Majadas. Es la vida primitiva. El hombre bíblico con alma de oveja y corazón de puma.

Para su vida le basta la contemplación larga, sin apresuramiento,

del grandioso paisaje que le rodea. Ni relojes ni calendarios han torturado todavía su existencia. Hay una hora de dormir y una hora de levantarse. Y hay tiempo de la brota, de la monta, de la parición y de la cosecha. Ni premuras ni urgencias. Hora y tiempo para todo. Para comer y para amar. Para rezar y trabajar.

Trabajo duro, tenaz, constante. Que dura es la tierra y pugnaces los enemigos. Fecundo el vientre de la mujer y voraz el apetito de los hijos.

Algo de la dureza y flexibilidad del algarrobo hay en su organismo que hasta muy viejo y, a veces, hasta morir, ignora las drogas.

Ojos de visión ilimitada no sólo ven, sino hurgan, escarban las lejanías. Manos fuertes, clavadas por todas las espinas del bravo monte aledaño, blindadas de gruesos callos, saben ser sutiles cuando trenza tientos, tiernas cuando acaricia, generosas cuando dan, terribles cuando la ira las impulsa.

En torno de la media agua de barro y piedras, pintada de humo por dentro, de grietas y achaques por fuera, se agrupan los chiqueros cercados con lacerante tejido de churquis y algarrobos. La armazón blanca de una higuera, sostiene el brillante follaje a cuya sombra dormita el pequeño horno casero. Que por acá, con la avara sequedad de la tierra, con el agrio señorío de los roquedales, con la amarilla candelada del sol, nada es opulento ni abundoso. Tiesos, secos los pastos. Huraños, punzantes los arbustos.

Cabras y ovejas, en incansable vagar, discurren entre la peñoría gris o roja, ocre o parda, mordisqueando apuradas, nerviosas las amargas puntas del acerillo o del romero.

Magra tierra ribereña al río, mantiene clorótico maizal de panojas estremecidas por el viento. Que viene siendo el otro enemigo, pues apenas el sol se despeña por las altísimas cumbres del poniente se convierte en artera ventolina clavadora de agujones de frío.

Hecha la noche, comienza el inquietante silbar, de tonos agudos al rebanarse en el filo de las cresterías o el tremulante, bronco de tonos agoreros al correr flameando los matorrales del vallecito.

Más abajo, los hombres se juntan en aldeas y algunos nombres

se quedan en la memoria: El Corral, La Punilla, y el primer pueblo: San Félix. Con plaza e iglesia. Con calles procurando conservar una recta imposible, ya que los cerros sacan su pecho de hirsuta pelambre de viñas e higueras en el curso mismo de la calle, entrometiendo sus moles en donde menos se piensa.

Los serenos pimientos de la plaza, como los de todas las del norte, bajo su aromático follaje cobijan en las tibias noches veraniegas, los idilios de los paseantes oprimidos extrañamente por la desmesurada altura de los montes sobre los que el cielo, apenas es una faja fosforecida de estrellas.

Es pueblo alegre, laborioso. Lo primero le viene de la prodigalidad de los montaraces viñedos que dan regalo a la vida con su afamado pajarete. Y éste se sirve sin restricciones. En vaso grande, quitando así, arrestos y medidas a los visitantes. Lo segundo le viene de lo difícil que es producir colgado de laderas que dan vértigo. Viñas y durazneros; granados e higueras, se cogen de sus verdes manos para no caer. Pero no caen. Hay algo de eterno, de inmutable en el tranquilo existir de este pueblo.

Al otro lado de la cadena, hacia el norte, otro pueblo, el Tránsito, casi de igual fisonomía, hace idéntica vida.

Más abajo, llegamos a Alto del Carmen. Cuatro, cinco casas o tal vez más. Tienen un mirar azorado. Una actitud de vigilia. Y es que en esa encrucijada, todos los vientos sueltos por las quebradas, se juntan para jugar incomprensibles rondas que, corriendo en las cuatro direcciones, mantienen en agitada alarma la arena y el pedregullo. El río se llama ahora Huasco. Más holgado, corre siempre al noroeste buscando el mar.

El valle se ensancha creando grandes vegas. A una orilla, vigilada por los llanos del desierto que comienza, encontramos la primera ciudad: Vallenar. Su historia es vieja y conocida. Está en todos los libros. Estira sus largas calles longitudinales paralelas al río, cortadas regularmente por las transversales formando perfectos cuadriláteros con mucho verde y pocos techos. Que cada casa tiene su huerto. Sus paltos y sus parras. Y la ciudad dista del tren, tanto

del que va como del que viene del sur, o desde el avión, siempre se verá sumida al fondo de la verdegueante cuenca del Huasco, dando la impresión de un emparrillado de blancas calles y brillantes techumbres sobre un extenso potrero de variado verdor.

Al centro de la plaza crucificada por las calles principales, sobresale la alta torre de la catedral, avizorando desde su cúpula con sus cuatro relojes hinchados de tedio, el somnoliento fluir del tiempo vallenarino.

Vida lenta, apenas agitada por el paso de los trenes o el zumbido de los aviones que se lanzan a la conquista del desierto, tomando aliento en su magnífico aeródromo antes o después de haberla conseguido. Ciertamente que es lenta, pero, ¿quién olvidará un almuerzo en el que intervenga la típica expresión de su generosa tierra? El delicioso rubí de los camarones, acostados en espera incitante sobre verde cama de lechugas, complementado para mayor placer con los negrísimos almohadones de las incomparables aceitunas huasquinas. Rubio o rojo pajarete, sensual, excitante, brilla encerrando el aroma de las mejores uvas del mundo. ¿Qué importa estar lejos? ¿Qué vivir con la pasividad de un matorral estepario, si a todo eso se agrega el encanto de sus muchachas?

Y ellas, frente al círculo azul que la primavera cuelga sobre los jacarandaes de la plaza, dejan volar sus inquietudes en el barco embrujado que simulan los altos masteleros con que las araucarias dispersas por la ciudad, toman los vientos que rumbean al desierto.

Bajo el puente carretero, el río corre hacia el mar. Potreros florecidos de ganado; anchas cintas de bosques se extienden por kilómetros. Las arboledas enfilan sus líneas hasta las laderas y el glauco brillo de los olivares anuncia Freirina. Es un raro puerto tendido de lado en la verdosa bahía de la vega huasquina.

Capote, el mineral de fábula, es el nódulo nervioso sacudiendo con sus vinosas histerias de fin de semana, la monástica existencia del pueblo. Hay un suspenso de éxtasis en cada hombre, en cada mujer, en cada niño, pues el labriego, que arado en mano camina por el surco, no mira la tierra con goce anticipado de la cosecha,

El camino da un brusco viraje y en recta que la vista pierde, va derecho al norte. Y esta es ahora la expresión auténtica del desierto. Con toda su impresionante soledad. Ni siquiera hay variantes en el color. Los tonos del amarillo, desde el pálido de las arenas al ocre rojizo de los cerros, sube en gama tan sutil, que a ratos largos, todo es amarillo. Y en este mundo muerto, que a veces se pone fragoso con el predominio de un risquerío asomando su aluvión inmóvil, ningún pájaro, ni un ratón, liebre o zorro, vivifican siquiera con su paso la quietud abrumante del yermo.

Las espinosas algarrobillas trenzan sus armados brazos y como conscientes de su inutilidad, de su perdida importancia económica, ya que nadie ahora se araña las manos en busca de sus bayas, se sumen en agraviado abandono, enlutándose con un verdinegro y agresivo sayal.

El camión, islote vivo en la brasada y estéril llanura, es por ahora lo único que se mueve, que palpita, que hace ruido. El hombre piensa: ¿Si se rompiera algo? ¿Una goma? No importa. Lleva otra. ¿Un resorte? Bueno, podría seguir de algún modo. ¿El block?

Se limpia el sudor. Traga el barro formado en la garganta. Eso sí sería grave. Trata de ubicarse. El camino que trae, no es, por cierto, el longitudinal. Ese es para los paseantes o para los que van en viaje comercial. Pero él es minero. Y va por el de la costa. Mejor dicho por el que va cerca de ella. En línea más o menos paralela a treinta o cuarenta kilómetros. Los cerros que tiene al costado izquierdo son el Veladero y Lagunillas. Al derecho, Palo Negro. Está a unos cuarenta kilómetros de Chañarcillo, a otros tantos de Totoral y a unos sesenta de Copiapó. Por bien que le vaya, no podría llegar a la capital atacameña antes de unas dos horas. Que pueden ser tres, o más, o dos días completos como otras veces.

Y él recuerda cuando se le descompuso el motor en este llano llamado Hornitos. Fué en primavera. Quien no lo haya visto, difícil pueda concebir tal cambio. Ni arenas ni roca. Sólo flores. No por miles o millones, que eso sería insignificante. Por kilómetros. Hasta

donde la vista se pierde. En las hondonadas, en las cimas de las dunas, en los cerros mismos, extienden su tapiz inverosímil.

Y en el gigantesco dibujo, las añañucas cubren los motivos amarillos o rojos; los junquillos, el azul; los cactus el amaranto y morado: el blanco y celeste, los narcisos y jacintos.

Y todo este desmesurado cuadro es uno de los ensayos impresionistas de Atacama. Otro, es la tarde. A la maravilla de color tendida en el suelo, agregábase otra en los cerros y en el cielo, pintando con luces sobrenaturales la masa de los montes y, al cielo, con nublados de colores indescriptibles. Parecía cosa de hechizo. O extravío de sus retinas. Un daltonismo alucinante. Pues no había permanencia de color, sino una fluctuación insensible, y lo que en un momento era blanco, luego tornábase rosa y éste en rojo; los celestes en azules, en seguida, en morados hasta oscurecer en una totalidad a ratos roja, luego violeta, finalmente negra.

Con la noche venía también el perfume. A oleadas densas, corporificadas, acariciantes. Era como brazos tibios, ondulantes. El desierto nada muestra de su agresividad habitual, de su varonil reciedumbre y por un capricho cósmico, se vuelve, femenino, sensual, enervante. Sin embargo, el frío que poco a poco se va apoderando de la planicie, aplasta, inmoviliza el embrujo, trayendo, en cambio, las corridas que a todo el largo de la pampa inicia el viento.

Y éste se lleva a empujones, zumbando, rabioso, el perfume y el calor de la tierra. Deja el hielo abrumante para el cual no hay esquivo ni abrigo suficiente.

Mientras recuerda, el hombre ha cruzado la línea del Ferrocarril Longitudinal frente al cerro de las Tórtolas y ya, por fin, tiene a la vista el imponente triángulo negro del cerro Bramador.

Unico en esta parte del nuevo mundo, descuelga por su flancos las torrenteras de movedizas arenas sonoras. Y no puede menos de tener voz un cerro de la desafiante arrogancia de éste. Su oscuro y nítido perfil, tiene tan osada majestad que, sin tener el insólito agregado de su inexplicable resonancia, sería siempre el más altivo y singular de los montes del desierto.



Quien haya sentido bajo sus pies el retemblar sonoro de un sordo trueno subterráneo o el ruido profundo de un motor funcionando en una amplia catedral de piedra, podrá imaginar el impresionante redoble del Bramador.

Y hasta hoy, nadie, sabios ni profanos, han podido descifrar el origen de este asombroso mensaje de la roca, ni el viaje contra las leyes de la gravedad que las arenas de este cerro emprenden perseverante y perpetuamente faldas arriba.

El valle del río Copiapó, alinea sus primeros campos y sus sauces señalizan el camino a la capital de Atacama.

La sierra de Chamonate y Chanchoquín vigilan el norte. La del Mirador y Ojancos, el sur. Entre esta alta cortina de montañas, Copiapó desenvuelve su existencia híbrida de tranquilidad y bullicio. De nerviosismo e inercia. De historia y avanzada.

Sus viejas iglesias, construídas con premura de minero, conservan algo de los tesoros donados rumbosamente por los efímeros ricachos de los cerros. Quedan aún los grandes candelabros de plata y los copones de oro de San Francisco, las custodias enjovadas de la catedral y el antepecho de plata labrada de valor inapreciable de su altar mayor.

Del pasado, aparte de sus hermosas tradiciones, leyendas y personajes de relieve de tan conocida historia, quedan también sus vetustos pimientos y algunas casonas centenarias. Los terremotos, la incuria y los incendios dieron cuenta de las demás.

La ciudad tiene un curioso mimetismo con los cerros que la cercan. El color es apagado y vista desde lo alto, más lucen y brillan los pavimentos que las techumbres, que aún la mayoría son de barro y éste, del color de los cerros.

La plaza Prat encuadra en su majestuoso marco de pimientos guarda algunas antiguas reliquias, entre las que se destacan por su riqueza y concepción artística, la fuente y monumento a la minería. Los grandes pimientos encierran un oasis de color. En invierno las coronas del Inca abren sus rojas estrellas, estretejiendo, suntuosa aureola, única en Chile, sobre el nocturno o soleado paseo domin-

guero. Y en primavera, son los retamos. El oro pálido de sus flores resplandece bajo la solana brillante del astro nortino. Y cuando éste fatiga su fuego, allá por diciembre o enero, la plaza es grato refugio, pero aún así, sólo unos pocos transeúntes se deleitan en ella a las horas que no son de paseo. Pues éste es pueblo crepuscular y nocturno. Callejero y bullicioso. Por las tardes sus calles principales se llenan de gente apresurada y de inexplicables quehaceres, para cumplir los cuales se viste cuidadosamente. Tanto mujeres como muchachas, jóvenes como viejos. Es ciudad de gente bien vestida. Observada en día domingo, diríase más lujosa que elegante. Y por las noches, en su calle Atacama, se forma el más pintoresco paseo del norte. Por las dos veredas y por la calzada, la gente dotada de una paciencia desconcertante se apretuja dando vueltas a lo largo de una cuadra. Y siendo tres las filas, casi no hay diferencias sociales, que ésta es ciudad democrática por excelencia. Todos van juntos. Ricos y pobres hasta la hora en que comienzan las funciones de los cines.

Copiapó, pese a necesitar más que ninguna otra la protección de las frondas, es una ciudad calva. Y las calles parecen, a ratos, un rajo minero abierto en el afán ciudadano. Hay despego, indiferencia por el árbol. Nada han podido las municipalidades, ni las escuelas por encariñar al pueblo con ellos. De cada intento de arbolar la ciudad, se salva uno que otro, quedando en calles y avenidas ralos ejemplares que, distintos en edad, señalan lastimosamente lo que han sufrido.

Separadas por la plaza, se alzan las dos muestras arquitectónicas más importantes que definen el carácter que en este aspecto muestra Copiapó. El magnífico Grupo Escolar como expresión moderna y la monumental y feísima catedral como reflejo del pasado. La riqueza interior, la magnificencia y suntuosidad de sus naves y ornamentos, se desdican con la pobre apariencia exterior. La gran masa revela pesadez y chatura, falta de elevación espiritual en la fantasía creadora. Nada se aprovechó de las fabulosas disponibilidades de la época en que fué construída.

Y es verdad que del tiempo de las incalculables riquezas provenientes del auge de Chañarcillo, Dulcinea, Tres Puntas, Lomas Bayas, Cerro Blanco, etc., la arquitectura no dejó nada verdaderamente notable y en correspondencia a los recursos.

Un gran caserón traído de los Estados Unidos y llamado Viña de Cristo, de gusto muy discutible y que ya se desconcha y destruye lo mismo que otros de próceres familias venidas a menos.

No ha sido igual, por suerte en otros aspectos, en los que ha conseguido alturas no igualadas hasta hoy. Sus hombres han dejado en el camino de la historia huellas indelebles en la búsqueda de un mejor destino para la patria. Tanto los que de la fuerza innegable de su talento sacaban postulados para una convivencia justa, como los que de su heroica y anónima resistencia buscaban por los mil ignorados caminos de las sierras y desiertos atacameños, las vetas y florecimientos que hicieron posible el primer ferrocarril de la América, la primera Compañía de Gas, el primer Teatro de la Opera, el primer Servicio de Telégrafo, la primera Compañía de Teléfonos de Chile, los grandes almacenes y tiendas importadoras que hoy languidecen y bostezan con sus inmensas estanterías irremediablemente vacías y que ningún capital podrá llenar de nuevo.

Y la vieja y descolorida ciudad, como bajo la gravitación de ese pasado de gloria y poderío, duerme una ensoñación atávica de la que, poco a poco, va sacudiéndose con el aparecimiento de nuevos yacimientos y con la inyección rejuvenecedora y ejemplar de los establecimientos industriales de Ojancos y Paipote.

Su histórica y ya casi centenaria Escuela de Minería, hoy bajo el nombre de Universidad Técnica, luce ante los ojos deslumbrados de los turistas su riquísima colección de minerales, única por este lado de la América y su no menos importante nómina de técnicos sembrados por todas las sierras del continente.

El pequeño río de Copiapó va en humilde y empequeñecida carrera hacia el mar. A trechos desaparece sorbido por la insaciable sed del desierto y, luego, porfiado, tenaz, asoma de nuevo su angosto azuleo por la amplia vega del valle.

Campos de cultivo y chepicales salados festoneados de chañares, le acompañan en su viaje. Algunos nombres, estaciones del ferrocarril a Caldera, se nos quedan, tanto por su extraña eufonía, como por la impresionante sensación de soledad y angustia que nos dejaron: Caserón, Monte Amargo.

Y el desierto de nuevo. Plano, amarillo, solitario. Lejos, hacia el mar, la mole del Morro, tiene algo espectral en su quietud dominante de monstruo prehistórico.

Cuando el mar está ya a la vista, a un lado del camino, un raro y agudo hito emerge de pronto sobre el arenal. Va estirándose incomprensiblemente hasta que el misterio se aclara y descubrimos que es la aguja de la hermosa catedral de Caldera. Porque ésta sí es bella. Algo aéreo, sutil, se desprende de su esbelto conjunto de liviana agilidad.

Domina el puerto de Caldera. El más importante del país hace apenas un siglo. Hoy, las ruinas y el abandono no son, sin embargo, del todo tristes. El radioso sol alegra hasta la miseria.

Las viejas fundiciones destruídas, la maestranza desmantelada, las casas sarnosas de nostalgia y polillas; los millares de ladrillos dispersos, orinosos fierros inútiles; las enormes bodegas vacías, hablan o lloran un pasado mejor.

El mar, el más hermoso, el más azul, sereno y limpio de la costa, aguarda con sus tesoros de rojos congrios incomparables, robustos atunes, exquisitas albacoras, que alguien recuerde que aún puede hacer mucho por resucitar el poderío perdido.

Pero los hombres beben sol tendidos frente a la explanada, en espera de un barco, mientras una inconcebible cantidad de magros perros pierden las horas en perversa y alegres intentonas sodomitas. Un grupo pequeño de residencias veraniegas, lucen airosas sus pinturas nuevas y vidrieras resplandecientes, oponiendo vivo contraste a la patinada opacidad de los antiguos palacetes.

Al salir de Copiapó hacia la cordillera siguiendo el río, éste, en desconcertante capricho, nos hace bajar profundamente al sur.

Por un polvoriento callejón, atravesamos al antiquísimo pueblo

de San Fernando. En amplia planicie, especial para celebrar en los días más calientes del año la fiesta de La Candelaria, está la capilla del mismo nombre. Fiesta de esperanza y sudor; zoco polvoriento y afebrado; desmañada liturgia de incansables danzantes de un mismo monótono paso marcado por el insistente soplar en las roncas flautas de caña dos tonos únicos, mezclados al percutir de tambores y tamboriles sacudidos sin descanso. Los colorines espejos y satenes, relucen, se agitan llevados por los "promeseros" en tortuosa muchedumbre alargada por cuabras.

Remontándose al norte a partir del Cerro de las Diucas, el histórico Camino del Inca todavía exhibe restos de su trazado milenario, custodiado por algunas "apachetas".

Luego, tras el bravío farellón de Paipote, asoma la alta chimenea de la usina. Curioso escaparate de juguetería, sus hermosas construcciones afloran lo mismo que sus bellos jardines, contradiciendo el incurable abandono de los pueblos que la rodean.

Algo de embrujo parece tener el cambio que a causa de un poco de agua, mudó la aridez del desierto en el vergel encantado de Paipote. Más significación que las barras de cobre salidas de sus convertidores, tiene, sin duda, el desarrollo violento de una vegetación surgida al solo contacto del agua vertida con generosidad sobre el antes inútil erial.

Y así, como éstas, son los miles y miles de hectáreas que aguardan en la provincia el toque vivificante del riego.

Más allá está Tierra Amarilla. Uno de los ventrículos del corazón minero de Atacama. Si ya no es la calle bordeada de borrachos por ambos lados de que hablara Jotabeche, ella no es porque se haya extinguido la incurable sed de sus pobladores, sino por el incesante aumento del precio de las bebidas que han raleado las borracheras. Y en sus casas sin ninguna pretensión, de un parecido que hostiga, celebráronse por casi medio siglo las más alocadas orgías de la provincia. Alguien con festiva hipérbole la llamó París Chico. Hoy es apenas un desteñido aldeón, empolvado y ruinoso, teniendo al frente y a la espalda el miraje de sus minas, que, en los cerros

de Cardones, Las Cruces, Pintadas y Checo, huroneados sin descanso durante doscientos años, hablan, con displicente bostezo, de una probable vuelta a la prosperidad.

Siguiendo hacia el interior, encontramos un pueblo precordillerano. Parecido a San Félix o el Tránsito. Apacible, con viñedos que en reemplazo del pajarete, producen renombrada chicha conquistadora de los paladares de Antofagasta y la pampa. Los Loros. Nombre extraño para un pueblo sin selvas. No obstante, la denominación le vino de una antigua abundancia de estas aves que desaparecieron como también el reinado de las chinchillas que con su caza mantuvieron un activo comercio que terminó con ellas. En este pueblo, en Tierra Amarilla y en Puquios, aún quedan algunos viejos "chinchilleros" que con nostalgia recuerdan las excitantes peripecias de la raza.

Al hablar de Puquios, hemos mencionado otro reino muerto. Muerto como el poblado en el que sólo alienta el rumor del viento cordillerano, entrando por el umbral sin puerta o por el vano sin ventanas de las casas vacías, alineadas en calles por las que circula, cuando más, un papel sucio empujado por una ventolina.

La estación del ferrocarril y la desvencijada terraza de la desolada plazuela, en la cual entusiastas músicos mineros, soplaban a la par con el viento, sus movidas retretas, se sostienen de milagro, protegiendo una, el terminal de la vía que hoy ya no conduce a parte alguna, y la otra, el dormitar de algunos jotes aventureros.

Nada queda del bullicio, del intenso ajetreo de sus minas gigantes: Dulcinea, la más profunda de Sudamérica; Abundancia y Descubridora, todas han concluído su vida. Y la zona entera parece un cementerio, pues en dirección opuesta, hacia el sur, ha muerto también el más grande mineral de plata quizás explotado en el mundo: Chañarcillo. Nos queda su fama, sus leyendas, algunos pleitos y un ridículo y pequeño monumento erigido en Copiapó a su descubridor, Juan Godoy.

Pero nada muere sin resurrección. Seguimos al árido desierto en el cual, por cientos de kilómetros no veremos una sola demostración

vegetal. Piedras y cerros. En sucesión fatigosa, inacabable y por doquiera las caries excavadas por el imperturbable afán del minero. Los caminejos rayan la falda y las cumbres de los montes con su marca indeleble.

Inca de Oro viene como un desagravio o desquite a tanta, tanta riqueza perdida. De por sí, el nombre sugiere fortuna. Y la hay en abundancia. Que las más ricas minas de la actualidad, convergen sus recursos al despreocupado y super-alegre poblacho.

Pegado al ferrocarril longitudinal, alinea sus casas de tan frágil factura que, el conjunto, semeja un nacimiento navideño con la diferencia que nada tiene de uncioso y sí, mucho de pecado.

Pues las minas del Chivato, Remolinos, Salitrosa y Porvenir dan excelentes leyes y, por consiguiente, buenos salarios, que se gastan pródigamente, sin dubitaciones, en los numerosos cabarets y prostíbulos del pequeño pueblo. Este siempre está de fiesta. De día, de noche; días de trabajo y festivos, siempre hay quien "remuele" o las "revuelve" como por allí dicen. Se hace farra en grande. Hasta que no queda un solo peso. Lo mismo aquellos que han sido ganados con tanto sudor y esfuerzo; con tanto indiferente valor, como los caídos a las manos por un azar generoso y magnífico. El vaso de cerveza se mezcla al de vino ordinario o a los de gran marca y éstos, a los licores, a la champaña y al whisky. Todo junto. Que todo lo dan las piedras, la sangre, el cansancio y la soledad de unos y la suerte o inteligencia de los otros.

Las mujeres, feas o bonitas, que esto interesa poco después de una permanencia larga en las faenas, recogen su cosecha. De billetes y besos; de palabras e insultos; de caricias y golpes. Todo junto. Como en la mina. Trabajo y esfuerzo. Suerte e inteligencia. Valor y audacia. Todo para tirarlo con desdeñosa indiferencia en procura de falaces embriagueces de licor y sexo, de histeria y olvido.

Las fortunas dilapidadas han apenas logrado convertirse en algunas calaminas y estucos, en contadas construcciones sólidas. Lo demás tiene la inestable provisionalidad de todo lo minero.

Y al norte, siempre escoltado, flanqueado de cerros, Pueblo Hun-

dido con su breve verdor de escasos arbolillos, repite la fisonomía de Inca de Oro y se atraviesa en el camino de Potrerillos a Chañaral. Tiene sí, mayor estabilidad. Da la sensación de firmeza y arraigo. Y a esto, sin duda, ha de contribuir la influencia ordenadora de la gran organización americana.

No se puede, por cierto, hablar de Atacama sin mencionar Potrerillos. Aunque en nada se asemeje a la vida atacameña y ser una ciudad minera que no es minera. Tener hombres que explotan una mina sin mineros. Son industriales; obreros de una fábrica de moler y triturar cerros. A cielo abierto los más. Tienen horarios, relojes control. Sirenas y campanas. Movilización y jefes. Casa limpia con luz y agua caliente. Comida en abundancia y, lo que parece increíble en estos tiempos, casi regalada. Salarios puntuales. Médicos, hospitales, cine y deportes. Tiendas con artículos necesarios y superfluos. Cuanto se quiera.

Pero el hombre, extraña e incomprensible criatura, está descontento. No sabe por qué. Cree ser un preso. Cree que ha perdido lo más caro que da la minería: la libertad. Libertad de vagar por los cerros de una a otra mina. De mirar sin apuro el pausado correr de las nubes apoyado en alguna roca para soñar en algún alcance de fábula o en mujeres esfumadas en el tiempo. O ni siquiera para soñar. Mirar solamente. Trabajar sin pitos, órdenes ni capataces. Cuando se tenga ganas. Una hora o veinte, según el interés. Para donde se quiera. Hacia arriba, en frontón o en pique. Apireando, barrenando, realizando, forjando. Que aquí siente el incentivo de la creación, la caricia del arte, la justificación del esfuerzo.

Puede haber premio o aplausos con un buen "alcance", como puede resultar, las más de las veces, un fracaso. Pero no importa. Tampoco los duros porotos con grasa o maloliente charqui de cabra o las amargas "aguas de monte" por todo alimento. Tampoco la soledad ni las caminatas ni los dolores. Es su trabajo. Su escondido e ignorado espíritu creador o destructor. Ambos propios y paralelos en lo humano.

El obrero de Potrerillos no ha liberado su espíritu. Piensan y



crean por él. Esto le forma una represión sorda que se transforma en fobia, en rabia contra el patrón gringo.

Se siente mal. Cualquiera idiota estupidez soplada a sus oídos ignaros de asuntos políticos o económicos, le insuflan su rebeldía y se lanza en huelgas delirantes e incomprendidas. Es el títere, la víctima de un interés no siempre suyo.

Al salir por el desierto hacia la costa, desembocamos en Chañaral. Antes hemos dejado al paso, al hoy abandonado mineral de Las Animas cuya riqueza permitió la construcción del ferrocarril a la Bahía Chañaral de Las Animas, hoy puerto de Chañaral.

Si debemos lamentar la pérdida del antiguo mineral, en cambio celebremos el crecimiento de las grandes usinas de Potrerillos, de tan conocida importancia económica.

El puerto de Chañaral agrupa su comercio en las calles que rodea el mar, arrinconada por éste a los farellones por donde comienza el fatigoso repecho de las casas. Porque la explanada donde está el resto del puerto, nada tiene de tal, sino que adopta la fisonomía de una ciudad continental. El mar, se adivina por el vuelo de algunas gaviotas o por el pitazo de un vapor que abandona la bahía. Su pequeña placita de enanos y retorcidos árboles, trabajo que con paciencia de jardinero japonés ha hecho el sol con sus caldeados lengüetazos, representa la lucha contra la sed eterna del desierto.

Más al sur está Barquito. Muy yanquizado, exhibe su pintoresca fisonomía de aldea norteamericana. Casas confortables; jardines cuidados con esmero. Tiene la planta eléctrica más moderna hasta esta altura de la costa. Y como un grande y moderno gallinero, en pabellones iguales, simétricamente distribuidos, las casas de los obreros.

Enfrente, el mar. El rico mar del norte repleto de peces.

Atrás, el desierto, repitiendo la misma adusta e invariable soledad.

La última variante de interés la encontramos en la famosa Sierra del Jardín, en la que el cromatismo de sus cerros ordenados a distancias iguales en líneas regulares, luce gamas de tan rico colorido que

no puede pensarse sino que se está en un gigantesco jardín petrificado.

Y de Atacama nos queda ya apenas uno que otro nombre y la visión siempre igual de su amarilla o parda infinitud.

La sensación de angustia de un pasado que vive en las ruinas. La imagen de sus hombres sudorosos, nunca vencidos, siempre con una esperanza en el florecimiento repentino de un "alcance". El pronunciado verdor de los pimientos o chañares en pugna con la aridez tendida por doquier.

Atacama, árida, huraña, rica, espera; continuará esperando su tan largamente incomprendido renacimiento.